NOTAS

MANUAL DE CIRCO PARA MAESTROS

*Diego Sheinbaum**

90

Sólo bajo una carpa podría reunir a mis buenos maestros. Bajo ninguna otra categoría o bóveda podrían convivir sin riñas sus personalidades. Cada uno de ellos poseía una característica circense: desde el que practicaba la enseñanza como si fuera contorsionista, hasta el que nos atemorizaba lanzando preguntas filosas como navajas. Estos maestros aparecen en mi memoria rodeados de un aura mágica. Sus miradas siempre me parecieron los de una vejez distante, como perteneciente a una edad remota: De estos maestros aprendí muchas cosas. Sin embargo, éste no es un homenaje a ellos. Porque a este tipo de maestros se les agradece con la atención y la mirada. Este Manual es un homenaje a los malos maestros. A los maestros que convierten el salón de clases en un purgatorio; ya sea porque nos condenan a un aburrimiento perpetuo, o porque su

criterio angosto congela nuestro ímpetu. A ellos hay que agradecerles por enseñarnos la valiosa lección de cómo no se debe dar clases.

Una carpa de circo es el escenario más adecuado para hablarle a Usted. Sobre todo cuando se le quiere hablar como si estuviera aislado de la sociedad y de las burocracias. Estas propuestas son de Circo porque buscan recordarle los tintes mágicos de su profesión. Lo que francamente es un exceso es llamarlo Manual. En el mejor de los casos, lo que tiene Usted entre las manos es un compendio, un compendio de obsesiones sobre cómo debería ser un maestro. Le advierto que, como cualquier tipo de obsesión ajena, ésta le puede provocar molestia, risa, enojo, ternura o gracia. Lo que más lamentaría, por atención a Usted y a mi persona, es que el Manual de Circo para Maestros no le provocara nada.

* Estudiante de Ciencia Política, ITAM.

De lo conveniente de volverse mago

Si Usted desea ser un maestro exitoso deberá aprender el oficio de alquimista o de hechicero. No importa si sus asignaturas no están relacionadas con la física o la química. Lo esencial es que sus explicaciones —cualquiera que éstas sean— no aniquilen el misterio. Porque la primera y más importante tarea de un maestro es capturar la atención de su alumnado, y no hay nada mejor para conquistar una audiencia que el suspenso y la sorpresa. Así, Usted deberá recordar las faenas que hace un mago antes de sacar el conejo de las profundidades de su sombrero.

Ahora bien, si ha decidido ser aprendiz de mago tendrá que repasar de inmediato las lecciones básicas de pirotecnia,¹ pues la transmisión del conocimiento se asemeja a un regalo empaquetado que al abrirse estalla. Usted comprobará su éxito si percibe en las cabezas de sus alumnos algún tipo de combustión. Pero como ya

¹ Ejemplos de maestros que utilizan la pirotecnia existen muchos. Desde Sócrates, que es un especialista en ir prendiendo fósforos en las oscuras certezas de sus interlocutores, hasta Nietzsche, que mina sus proposiciones, de tal manera que ninguno de sus discípulos puede llegar al final.

sabrás, no hay lugar para la desesperación en esta tarea, porque el cerebro, como toda máquina, tarda en calentarse, y las primeras respuestas de sus alumnos serán tan elocuentes como fugaces: cometas surcando la superficie del ojo.

A estas respuestas, explosiones o cometas, los médicos las denominan parcamente sinapsis. Pero este proceso, cuando estamos hablando de educación, va más allá de un simple impulso nervioso. Porque Usted sólo provocará combustiones si primero transforma la materia de estudio en una doncella con la que todos los caballeros del reino sueñan desposarse. Pero cuidado. Cuando los alumnos no le quiten los ojos de encima no crea que se ha equivocado de hechizo y ha transformado su persona en la dichosa princesa. Sus alumnos no se han enamorado de Usted, sino de su pasión, de esos hilos invisibles que lo unen a su materia y lo convierten en un poeta.² Antes, cuando la filosofía no estaba devaluada y se le consideraba la madre de todas las ciencias, su etimología evidenciaba lo íntimamente que estaban relacionados el conocimiento y el amor.³

² Poeta en el sentido platónico: un intermediario involuntario entre las divinidades y el mundo de los hombres. En este sentido se puede consultar el diálogo *Ion*.

³ Filosofía: amor al conocimiento.

NOTAS

92

Los siguientes trucos son más complicados, pero le garantizarán éxito en la difícil profesión que ha seleccionado. Usted deberá transformar el ladrillo del aula en un delgadísimo cristal, ya que su función como maestro es ampliar los horizontes de la clase, sin importarle demasiado la dirección. También se le recomienda hacer un poco de trabajo sucio, y rascar el hollín con el que normalmente se ensucian los conceptos, hasta que el alumno descubra las galaxias desconocidas que se contraen y se expanden detrás de ellos. Para lograr estos actos, uno de los posibles trucos es hacer un planteamiento y después perforarlo delicadamente con otro. Así, además de planteamientos, dejamos cuestiones sin resolver. Nunca olvide que las explicaciones contundentes en un salón de clases son como papilla sobre una cuchara metálica, y lo único que provocan en la juventud es aversión.

La mejor forma de enseñanza es la que invita a la reflexión. Pero no crea que esto es fácil. Usted deberá ser el primero en sacrificarse, y en cada sesión realmente ponerse a reflexionar. Hay maestros que llevan dando una clase decenas de años, y en todos los cursos repiten las notas inmortales de sus cuadernos. No hay nada más aburrido para un estudiante. No hay nada que erosione con más rapidez una clase que el hartaz-

go. A los maestros que abandonan la reflexión los deberían encerrar en leprosarios, alejarlos definitivamente de las comunidades escolares, porque un maestro que no reflexiona es un Sansón sin cabello, es un debilucho incapaz de hacer tambalear las columnas de sus discípulos y dejarlos desamparados en extrañas realidades.

El alumno nunca va a poder enamorarse de la materia si Usted dicta los conocimientos con una voz monótona y atornillado a su silla. Es más, la función primordial del maestro no es dictar los conocimientos, sino cuestionarlos. Las presentaciones de Usted, como las del mago, deben suscitar preguntas. Un maestro no debe comenzar por las explicaciones, ni bombardear al alumno con respuestas. Es su responsabilidad alejarse y regresar continuamente al origen de las explicaciones, porque en el origen siempre se encuentra un misterio.

De lo conveniente de volverse mimo

Usted, maestro, es un ser extraño que ocupa una posición privilegiada en nuestro mundo. Es un cosmonauta que transita intermitente entre el mundo de los adultos y el mundo de los jóvenes. Su posición no es privilegiada

NOTAS

por los altos sueldos ni por la comodidad de su plaza, sino por la responsabilidad con la cual está investido. Una simple revisión nos permite comprobar que Usted es el único representante del mundo adulto en el aula. Este particular estado parece exigirle, antes que cualquier otra destreza, una vocación comunicadora. Pero no es lo mismo comunicarse con la vecina con la que se comparte una vista, que con un grupo de seres extraños que no dejan de moverse e inquietarse. Así, Usted llega al salón de clases como llegaba un viajero europeo del siglo XVIII a una isla habitada por aborígenes. Para triunfar en la comunicación, Usted debe hacer uso de elementos que pertenecen al mundo al que ha llegado, sin pretender transformarse por ello en algo en lo que no se puede transformar: un joven.

Una manera en la que puede transitar de un mundo a otro es quitándole altura al mundo de los adultos, ridiculizándolo con el simple propósito de hacerlo accesible a sus alumnos. Las bromas, los absurdos y todo aquello que nos provoca risa debe ser bienvenido y promovido por Usted. Porque la risa siempre es una grúa demoledora de jerarquías. La risa, en el salón de clases, democratiza a los presentes, desnuda al maestro, lo obliga a bajar la escalinata y a abandonar el pedestal. Pero

si Usted no permite esto, y trata con seriedad su materia, se convertirá en el anfitrión de una casa meticulosamente arreglada, en la que existe tanto orden que el alumno no puede moverse, ni un milímetro, por miedo a derribar algún jarrón chino.

No piense que lo estoy insultando si le sugiero que es bastante importante para su profesión pasar, de repente, por un mimo y preocuparse por rociar de gracia su materia. Por cierto, de la misma manera en la que un mimo recorre una habitación llenándola de objetos sorpresivos (el banco que lo hace tropezar), Usted podría intentar llenar de matices la más simple de sus explicaciones o, por el contrario, desenredar el más complejo de los asuntos con un gesto sencillo, que no necesita mayores divagaciones.

No quiero asustarlo. Cada quien tiene sus métodos. Pero el maestro que no se desbarata en una cascada de gestos vuelve angostos, casi desérticos, los conceptos que utiliza. Así, un salón en donde los alumnos se ríen es un salón enriquecido, selvático; y un maestro que hace reír transmite algo anterior a cualquier explicación, una actitud frente a la vida que está antes y después de cualquier palabra, una disposición benigna, armónica con el mundo de afuera.

NOTAS

De lo conveniente de volverse domador de bestias

Usted debe convertirse en un domador de bestias, no sólo porque en su actividad cotidiana se enfrenta con jóvenes, sino porque tiene que domesticar su propia materia de estudio.⁴ Son pocos los maestros que no han pensado que alguno de sus alumnos se comporta como un animal. En el caso de los alumnos de educación superior no sólo se trata de animales sino de fieras temibles a las que hay que domar. Su apetito de absoluto los convierte en carnívoros hambrientos. Los jóvenes albergan tres deseos: desaparecer al maestro, fugarse del aula y comerse el mundo.

94 Pero si es irremediable que a esta edad el árbol del conocimiento mantenga el fruto prohibido fuera del salón de clases, también es cierto que es responsabilidad de Usted que el cautiverio se parezca más a una reserva natural que a una jaula de zoológico.

El peligro que corre con la materia de estudio es otro: no su ferocidad,

⁴ Existen casos extremos de profesores que han descubierto, en sus disciplinas, fuerzas sobrenaturales imposibles de domar. Estos profesores han alcanzado esa línea difusa y peligrosa que se para el conocimiento de la fe.

sino su pereza. Usted debe tener la astucia para despertarla y hacerla que muestre todo su esplendor. La materia de estudio no son cincuenta páginas de apuntes, ni los objetivos a cumplir durante el curso. La materia de estudio es un organismo vivo, que se mueve y se contrae, que posee reglas autónomas y que responde a ciertos estímulos. Mostrar estas características es la labor del maestro. Si Usted la presenta como una piedra, nadie se entusiasmará con ella. La materia de estudio siempre puede ser algo más extraño y complicado, un animal por el que se puede sentir ternura, curiosidad o hasta miedo. Algo tan extravagante como un ornitorrinco.

De lo conveniente de volverse trapecista

Si Usted es maestro no le deben dar miedo las alturas y debe prepararse para saltar de un trapecio a otro. Es decir, debe acostumbrarse a no quedarse atrapado en el vaivén de un sólo lenguaje. Los buenos maestros son los que impresionan a su público dando piruetas entre dos juegos de lenguajes. Pero no se precipite. Los primeros ejercicios de reflexión deben realizarse en un lenguaje común a todos los integrantes de su salón. Es decir, Usted debe comenzar

NOTAS

con explicaciones hechas en el lenguaje cotidiano. Así, poco a poco, tomará vuelo y se acercará al trapecio que pertenece al lenguaje propio de su materia. Una vez que haya saltado comenzará a balancearse con términos más técnicos; pero si Usted abusa de este balanceo todo su auditorio se dormirá. En la mayoría de los casos los alumnos no prestan atención porque no entienden el lenguaje del maestro, o pierden ese instante en el que Usted da una pirueta entre dos trapecios. Por esta razón, nunca se instale en el lenguaje técnico y trate de regresar cuantas veces pueda a un lenguaje más cotidiano.

Ninguna historia sobra en un salón de clases. Todas las anécdotas que tengan relación con su materia, aunque sea indirecta, serán bienvenidas. Como trapecista, Usted debe adornar sus saltos con piruetas. La atención y la comprensión de su clase serán mayores si parece que lo que dice no tiene ninguna relación y, a pesar de esta apariencia, Usted logra agarrarse del trapecio que parecía tan lejano. Todo maestro debería conocer la historia de su asignatura, el desarrollo que ha tenido y cómo han participado en ella hombres y mujeres. Así, las piruetas que Usted hace entre el lenguaje técnico y el común tendrán mayor densidad por sus antecedentes, por las formas humanas que inaugurarán esa maroma.

Saber que un matemático, además de descubrir la función logarítmica, estaba perdidamente enamorado y murió en un duelo peleando por su amada, hace que el alumno descubra rostros detrás de la fría lingüística. Si sus explicaciones se auxilian de ciertos adornos cómicos o trágicos el público seguirá pendiente de su actuación.

De lo conveniente de volverse maestro

Voltee a su alrededor. Por un segundo un par de pequeños ojos se iluminan en esa parte del salón. Disfrute del conjunto de duendes que se atropellan por el túnel de la garganta, como si dentro de Usted hubiera temblado, y los duendes mineros con sus lucecitas buscaran desesperadamente la salida. Ahora los duendes están también en los ojos del maestro. Usted es el maestro. Los trapecistas, magos, levantadores de pesas, no entienden esto. Ellos se regocijan con sus propios movimientos. Durante sus actos el público es algo imposible de concebir, porque los reflectores no dejan de repetir que lo único que importa es el acto. Por eso ellos no entienden nada. Pero en el salón de clases no hay ningún reflector que oscurezca a los alumnos. Los alumnos están ahí, esperando. Y si Usted fuera

NOTAS

mago, mimo, o domador de fieras, le encantaría ser maestro para observar la trayectoria fulminante de un cometa en los ojos del alumno, que está allá, en esa parte del salón, sentado, observándolo.